

MISIONEROS POR OBEDIENCIA

17 Abril 2005 - Carta - Roma

*"Somos testigos de estos acontecimientos,
nosotros y el Espíritu Santo
que Dios dio
a los que él obedecen (Act. 5, 32.)*

Queridos hermanos oblatos:

Saber escuchar bien es una cualidad apreciada por todos. Es precisamente lo que significa la palabra obediencia: prestar oído, poner atención. Se dice que se pierden a menudo buenas ocasiones porque estamos "transmitiendo" cuando tendríamos que escuchar.

Durante los trece últimos años, mi ministerio al Servicio de la Congregación lo he ejercido en el nivel del Consejo general. Tuve el privilegio de encontrarme con varios de ustedes, ver en qué contexto viven y realizan su misión. En la presente carta, quisiera reflexionar con ustedes sobre la manera de estar a la escucha de Dios, a la escucha de unos a otros, a la escucha del grito de los pobres, a la escucha de los que nos dirigen en nuestra misión. Quisiera dar a nuestra escucha las orientaciones necesarias para que, en calidad de Ministros de la Inmensa de Esperanza, pudiéramos responder concretamente, a las necesidades del siglo XXI^o.

Toda esta carta se referirá a la escucha, sobre la atención que se debe prestarse a los otros. Preguntémonos, en primer lugar, si somos buenos auditores. ¿Somos capaces de estar a la escucha de las personas tomadas individualmente y de las necesidades del conjunto de un mundo amado por Dios? ¿Nuestro corazón está abierto a las inspiraciones del Espíritu en la oración, en los consejos de nuestra comunidad religiosa,? ¿a los planes de nuestros superiores? O es ¿que una sociedad considerablemente autónoma e individualista no está por encima de nosotros, encerrándonos en un pequeño mundo cómodo donde no tenemos que tener cuidado de los otros?

Toda esta tercera carta, se referirá a la Obediencia, aporto un complemento a mis cartas anteriores sobre la pobreza y la castidad. Aborda otro valor fundamental, otra fuente de la vitalidad tanto para nuestra vida como para nuestra misión de Oblatos. Éstas van juntas; es que practicando nuestros votos nos convertimos en misioneros. Eligiendo el voto de pobreza, revelamos al mundo una manera de convertirnos en ricos a los ojos de Dios. El celibato consagrado tiene por objeto hablar a los otros del amor del Cristo. De manera similar nuestra oblación por el voto de obediencia oculta un tesoro para la evangelización del mundo: consagramos la dimensión del tiempo, cada momento de nuestra vida, a la intención de la salvación de Dios y lo hacemos juntos bajo la guía de nuestros superiores.

En esta carta, quiero también tratar del voto de Perseverancia, que es fácil conectarlo con el de obediencia. La Perseverancia hace hincapié en el carácter perpetuo de nuestra obediencia a la voluntad de Dios, imitando así a Cristo que se hizo obediente hasta la muerte. El cuarto voto significa que la elección que hicimos de obedecer no se aplica solamente a una situación particular; nosotros lo hacemos con el fin de confiar todo nuestro futuro a Dios, en vez de intentar construirlo nosotros mismos.

Es como hermano en la misión que les invito a reflexionar conmigo, sobre cuatro puntos. Estableceré en primer lugar un vínculo entre la obediencia y la búsqueda de la libertad en el hombre. En segundo lugar, les propondré una reflexión teológica sobre el voto; en una tercera etapa, echaremos un vistazo sobre la espiritualidad oblata de la obediencia. Por último, después de haber reconocido los fundamentos en los cuales se basa nuestro voto, concluiré con la invitación que se nos hace a cada uno de vivir nuestra obediencia respondiendo de una manera práctica y realista a las alegrías, a las esperanzas y a las dificultades de la vida personal y comunitaria. Por ello llegaremos a ser mejores misioneros de la esperanza para los más abandonados.

I. La búsqueda de libertad en el hombre

Podemos decir con certeza que la obediencia cristiana sólo existe para abrir la puerta a la *libertad* evangélica en nuestra propia vida antes de ir a proclamarlo a los otros. La constitución 25 lo expresa en pocas palabras: "Si aceptamos juntos la voluntad de Dios, se convierte en realidad para nosotros la libertad evangélica."

¿Cómo transformarse en una persona libre?

¿Quién no desea alcanzar la libertad? "Libre finalmente", tal es el grito que toda persona aspira a hacer escuchar en un momento de su vida. Es un deseo humano profundo que inspiró numerosos libros y películas. El sentimiento de libertad es el motor de varias de nuestras decisiones. Nosotros mismos queremos elegir libremente y buscamos, por las elecciones que hacemos, llegar a un estado de mayor libertad.

Está probablemente allí un motivo que pesó en nuestra elección de la vida religiosa oblata; hasta cierto punto, es por el amor a la libertad que hicimos esta elección. Desde el punto de vista humano, ¿no llegamos a ser más libres con relación a cosas, que nos hubieran impedido la realización de proyectos ardientemente queridos? Haciéndonos miembros de una congregación misionera, rompimos muchos vínculos, nos liberamos de muchas preocupaciones. A cambio, ganamos la libertad en el trabajar para los pobres, sin que nada nos retenga en nuestro trabajo de anunciarles el Evangelio. En función de este objetivo podemos libremente tomar el tiempo de reflexionar, rezar, prepararnos antes de irnos por todas partes del mundo con un corazón ligero. En realidad, como Oblatos, gozamos de una libertad maravillosa para cumplir nuestra misión! Conviene acordarse de ella de vez en cuando, simplemente para no volvernos demasiado mimados.

Sería, sin embargo, carecer de perspicacia detenerse en el aspecto humano para reconocer la libertad que puede alcanzarse por la obediencia. Si no superamos el plano humano, seremos incapaces de responder a las otras maneras de ver el voto que podemos observar en torno a nosotros y en nosotros mismos.

¿Qué decir de disciplina?

Debemos admitir que una persona que oye la palabra obediencia difícilmente piensa en la libertad. La mayoría de la gente no la asocia en absoluto a la libertad. Espontáneamente, varios de nuestros conocidos asociarían "obediencia y perseverancia" a "disciplina y orden". Las verían incluso como opuestas al goce de una vida libre y feliz o, a lo sumo, como el precio que debe pagarse para alcanzarlas. Desde un punto de vista simplemente humano, es fácil no ver en la obediencia religiosa otra cosa que una función que regula las relaciones en un organismo como el nuestro.

Reconozcamos aún que la disciplina y el orden son necesarios en una congregación religiosa para funcionar como cuerpo misionero. Como en toda agrupación importante de personas, el cuerpo de ejército de Dios necesita una estructura de organización simple y líneas claras de conducta y cooperación. Las primeras Constituciones y Reglas de 1818 indican que la obediencia "es el vínculo de la unión en toda sociedad bien ordenada". Podemos aún sostener que al menos indirectamente el voto responde a nuestra aspiración de libertad. Debemos pagar el precio de una determinada disciplina. No se da, en este mundo, de libertad ilimitada, y la que podemos alcanzar depende de nuestra aceptación de algunos límites y se construye a partir de la misma.

Cuando asociamos la obediencia a la disciplina, experimentamos un determinado malestar. ¿Por qué una comunidad, un superior tiene que decir una palabra en mi plan de vida? ¿Y si actuaran con estrechez de espíritu o por motivos egoístas? La cuestión que debe plantearse, es pues, la siguiente: ¿Es que un razonamiento filosófico y puramente humano basta para explicar la obediencia o debemos ahondar más aún? Pienso que el simple hecho de que la

obediencia religiosa suscite un determinado grado de libertad e implique necesariamente disciplina no basta para explicarla. Tal razonamiento no justifica el alto aprecio en el que la tradición espiritual tiene a este voto. Para entender, diría que para amar el voto de obediencia, debemos absolutamente descubrir su dimensión de fe. Es sólo en la fe que cesa la oposición entre obediencia y libertad. ¿Cómo describir esta dimensión de fe?

II. Seguir a Cristo, el Hijo de Dios, en su obediencia

La sección de nuestras Constituciones y Reglas que trata de la obediencia parte de Cristo en que cita la Escritura. "El alimento de Cristo era "hacer la voluntad de aquel" que lo había enviado (Jn 4, 34). Se hizo "obediente hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil. 2, 8)" (C 24). Como para los otros votos, Cristo es el modelo de nuestra consagración.

Cristo, el Hijo a la escucha del Padre

Cristo que obedece se somete completamente, está atento a la voluntad de su Padre. Por esta actitud, se inserta profundamente en la fe de Israel que se expresa en el *Shema Israel*: "¡Escucha, Israel! El Señor nuestro Dios es el Señor UNO... Las palabras de los mandamientos que te doy hoy estarán presentes a tu corazón "(Dt 6,4-6).

Cristo se abre a la voluntad del Padre con un corazón que sabe escuchar. Se puede ir más lejos y decir que tal relación constituye el centro de su identidad. En el evangelio de Juan, el propio Cristo se describe a menudo como el que ha sido enviado o se llama simplemente Hijo. La reflexión teológica que vendrá más tarde lo describirá como la segunda persona de Trinidad. En el contexto del voto de obediencia, lo que me golpea es el hecho de que sea la segunda persona, ¡no la primera! Inclusive siendo Dios e igual al Padre, incluso en los cielos, ¡no es el Padre sino el Hijo! Es el Verbo del Padre, no el suyo propio. Durante su paso por tierra, en su existencia humana limitada, esta obediencia encuentra su expresión en el hecho de que, es el misionero del Padre cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre. Su obediencia le conduce hasta la cruz: "Aun siendo Hijo, aprendió en su pasión lo que es obedecer "(He 5, 8).

Otro punto que debe aún destacarse es, saber que la escucha y la obediencia de Jesús se impregnan de amor. Es sólo con el Espíritu de Amor que la Santísima Trinidad está completa. Cuando hay amor, la obediencia no puede convertirse en esclavitud; al contrario, liberará a la persona. Sólo hay esclavitud si nuestra atención se dirige hacia el pecado; pero allí donde está el Espíritu, allí está la libertad.

Llegar a ser hijos e hijas en el Hijo

Por su encarnación en la existencia humana, Cristo nos mostró la vía por la cual debiéramos pasar todos. Siguiendo a Cristo por los votos, el valor evangélico de la obediencia nos invita a convertirnos en personas semejantes a "Cristo, el Hijo del Padre ".

Me asombra lo que nuestras Constituciones nos dicen, a saber, que el voto de obediencia se arraiga incluso en el amor de Cristo hacia el Padre y en su relación de escucha con Él. La Constitución 2 destaca esta semejanza con Cristo: "Esforzándose por reproducirle en la propia vida, se entregan obedientes al Padre, incluso hasta la muerte, y se ponen al servicio del pueblo de Dios con amor desinteresado" ¿Cómo traducir eso en nuestra vida?

- La obediencia en la fe comienza por una actitud **de escucha**. Varios personajes bíblicos nos muestran cómo vivir estando a la escucha: Abraham y Sara, Moisés y, sobre todo, María de Nazaret, quién escucha, plantea preguntas y obedece a la voluntad de Dios; la veneramos como la "fiel servidora del Señor" (C 36).
- La obediencia en la fe continúa la conformidad con la imagen del **Hijo**. Como criaturas queridas "un poco menos que dios" (Sal 8, 6), somos fácilmente tentados de sentarnos en primer lugar debido a la falsa imagen que nos hacemos de Dios. Actuar desafiando la voluntad de Dios constituye el pecado original: comiendo del árbol de vida, queremos con nuestra plena

voluntad convertirnos en dioses. La enseñanza y los gestos de Jesús nos hacen comprender que nuestra divinización no se hará por este camino. Nos pone sobre aviso: No se hagan llamar padres o maestros. Esta advertencia va dirigida incluso a todos los cristianos y a todos los seres humanos. Es cierto que fuimos creados a imagen de Dios. Dios es Trinidad. Concretamente, "los destinó a ser como su Hijo, y semejantes a él" (Rm 8, 29). Es sólo por Él y al ser como Él que podremos tener acceso a Dios el Padre y que nuestra divinización tendrá lugar.

- No nos convertiremos en una imagen del Hijo sin el Espíritu **de Amor**. El primer mandamiento es: "Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y él más importante de los mandamientos". (Mt 22," 37-38). Obedecemos a este mandamiento pero las palabras "obediencia" y "mandamiento" adquieren aquí otro sentido. Todo se convierte en amor y este amor se extiende sobre nuestro prójimo: "Amaras a tu próximo como a ti mismo".

Encargados de responsabilidades en la Iglesia, podemos encontrar especialmente difícil aceptar estar del lado del que obedece igual que los demás discípulos de Cristo. De hecho, cada sacerdote o hermano ejerce, de una u otra manera, en su ministerio una determinada autoridad en las misiones, parroquias, escuelas u otras instituciones, tanto como superior, como en virtud de algunos privilegios. ¿Es que los que son sacerdotes no representan sacramentalmente a Cristo, cabeza de la Iglesia? Conviene acordarse que, incluso a través del sacramento del Orden, los sacerdotes representan a Cristo el Hijo, y no a Dios Padre. Eso vale también para los que de entre nosotros se consideran como misioneros: nuestra vocación es reproducir el modelo de Cristo, aquél que fue enviado, aquél que depende de la voluntad de su Padre.

El camino de la libertad

Espero que estas reflexiones sobre la obediencia, basadas en la fe, les hayan hecho ver el camino que debe tomarse para llegar a una felicidad y a una libertad verdaderas. Este camino consiste en vivir tomando como modelo a Cristo. Los seres humanos no están hechos para vivir como los dioses paganos o semidioses, en el sentido de superhombres. Estamos hechos para vivir como hijos e hijas de Dios. Debemos reproducir el modelo de Cristo y en consecuencia, aquí abajo en la tierra como allá en lo alto de los cielos, no hay medio de escaparse de nuestra relación con Dios, que la Biblia describe en términos de obediencia. El camino de la libertad incluye tres etapas.

- La primera: **La obediencia concede el primer lugar a nuestra relación con Dios.** "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón..." La obediencia que nos liga únicamente a la voluntad de Dios, nos hace libres de todos los demás vínculos. Nuestra obediencia, nuestra sumisión total, nuestra obediencia radical, estas tres no se deben sino a Dios.

Una vieja historia ilustra eso: un hombre decide no servir más que al que sea el más poderoso. Abandona pronto su trabajo con un propietario de tierras, para servir a un príncipe. Luego pasa al rey. Viendo que el rey teme al diablo, el hombre decide trabajar para Satanás. Al final, descubre que Dios es más poderoso que él mismo Satanás y termina por consagrar su vida sólo a Dios poniéndose al servicio de los pobres.

- La segunda: **La obediencia conduce a la verdad.** Nos permite reconocer que somos limitados como seres humanos. No podremos nunca encontrar nuestra plena expansión sin conformarnos a la realidad. La obediencia nos hace responder a nuestra condición de criaturas, de ser humanos limitados. Nos sentimos muy fuertemente animados a hacerlo por lo que ha hecho el propio Cristo al aceptar tal condición. La aceptación de la verdad de nuestra existencia nos hace libres. Si persistimos en estos sueños de omnipotencia que caracterizan a la infancia o la adolescencia, nos encontraremos encerrados en un mundo de sueños. Si sabemos sobreponernos a los límites y obedecer a la verdad de nuestra existencia, podremos paradójicamente llegar a la libertad.

- En tercer lugar: **La obediencia nos hace aceptar a la autoridad humana.** Obedeciendo sólo a Dios, aceptando la verdad de nuestra condición humana, podremos también aceptar las manifestaciones de la voluntad de Dios, que nos transmiten algunas personas humanas. Es con una libertad interior que las observamos porque sabemos cómo son de relativas.

Hay una falsa obediencia, aquélla que esclaviza. La obediencia ciega, total, debe pertenecer a Dios y sólo a Dios. Se ha exigido abusivamente por parte de las autoridades que pretendían hablar en nombre de Dios, pero que proseguían sus propios planes. El laicismo tiene un lado antiautoritario y esta rebelión es, hasta cierto punto, justificada. El que hizo voto de obediencia debe tener en cuenta; debe saber que "es necesario obedecer a Dios más bien que a los hombres" (Act. 5, 29). La obediencia a Dios puede entonces conducir a la rebelión. En otras situaciones, el creyente puede seguir la opinión de Pablo que pide a los esclavos obedecer a sus amos como a Cristo (Ef. 6, 5). Es también una manera de conocer la libertad y aun en la cárcel se puede ser libre.

La verdadera obediencia reconoce a la autoridad legítima. "En nuestros superiores, veremos un signo de nuestra unidad en Cristo y aceptaremos con fe la autoridad que han recibido" (C 26). Y de nuevo: La formación lleva al Oblato "... proceder con madurez en las relaciones con sus hermanos y con los constituidos en autoridad" (R 65b). Fundándonos en la fe, encontraremos la libertad y la plenitud obedeciendo a las numerosas leyes que controlan a las sociedades civiles o escuchando a la Iglesia y a sus autoridades, siguiendo los consejos de nuestras comunidades y sus superiores.

III. La obediencia en la espiritualidad oblata

Del Fundador a nuestros días

Para San Eugenio, la obediencia está en el centro de la vida religiosa. Para él, este voto es "el principal y más esencial de todos". Su primer paso hacia la vida religiosa es el voto privado de obediencia que él y el padre Tempier se hacen el uno al otro en 1816. Recurre frecuentemente a la enseñanza de Santo Tomás de Aquino para quien por el voto de obediencia "se ofrece aún más a Dios que por los otros votos... Incluye todos los otros".^[1]

Es un voto que él mismo Eugenio vive profundamente. Cito un largo párrafo que escribe en 1814, tras un período de descanso que le ha sido impuesto por una enfermedad muy grave.

"Que la obediencia del Salvador no solamente respecto a su Padre celestial, sino aún respecto a María y José me sirva de regla para someterme de buen grado, no solamente a los acontecimientos, sino también a la voluntad de los otros, aunque se oponga a la mía. No es suficiente someterse a los superiores; la perfección estará en ceder ante los iguales y a los inferiores. En esta obediencia voluntaria, sería necesario no limitarse a no murmurar, no postergar de hacer las cosas puntualmente, sino que sería necesario además que la voluntad se sometiera íntimamente. No debo olvidar que lo que me producía más dolor en mi enfermedad, era encontrarme en una posición donde actuaba por mi sola voluntad, de modo que no sabía si mis obras, que no tenían el mérito de la obediencia, eran gratas a Dios."^[2]

Deplora el hecho de haber gozado, en su enfermedad, de excesiva autonomía!

No solamente el Fundador abraza con entusiasmo la obediencia para sí mismo, sino que la recomienda también a sus hermanos religiosos, convencido de que allí se encontrará la verdadera alegría. Al padre Mille escribe que debería "estar del todo contento y vivir realmente feliz bajo el suave gobierno de la obediencia".^[3]

En algunas ocasiones, se pone muy exigente y categórico: "... semejantes reclamaciones, estoy decidido a no escucharlas."^[4] Sin embargo, hace entender claramente que sus exigencias de obediencia no tienen nada que ver con el despotismo. Él mismo se muestra flexible y abierto a las sugerencias y escribe lo que sigue en la Regla de 1818: "Se podrá, sin embargo, exponer las razones que se podrían tener para no estar inclinados a hacer algún

deber." Dicho esto, añade: "Pero cuando se ha hecho esto con toda modestia y sumisión, la decisión del superior se acepte como la manifestación de la voluntad Dios"(C y R 1818, segunda parte, capítulo primero, § 3, p. 52-53).

Una de las exhortaciones favoritas de San Eugenio se refiere a la regularidad. Alaba la comunidad de Nuestra Señora de l'Osier a este respecto: "La gente se excede en admiración por la regularidad, el orden, la piedad que dominan en la casa... Todo edifica: el silencio que reina en la casa, la puntualidad a todos los ejercicios, el oficio... "[5] Define así la regularidad: "La fidelidad por ajustar su vida al espíritu y a la letra de las Reglas." [6] Se observará que no olvida el espíritu!

En tiempos del Fundador y después él, la mayoría de los Capítulos generales trataron de una manera o de otra la obediencia. El padre José Fabre se queja "de la multiplicación de las obras exteriores" que se ha convertido en "uno de los grandes obstáculos a la observancia de la Regla". [7] Para remediar la situación, recuerda a los Oblatos que "en una congregación, no puede, y no debe haber ninguna obra personal. Todas las obras deben hacerse según la Regla, es decir, según la obediencia [...] "[8]

Se tendrá en cuenta con interés que a partir de este primer tiempo, el padre Fabre reconoce la importancia de lo que llamaríamos el principio de subsidiariedad. "El superior local, dicta, tras velar por el todo y sobre todos, debe dejar a cada uno, según la Regla, la libertad necesaria para hacer el bien en el santo ministerio y también cumplir los encargos de los que se podría confiarle en la casa y en el exterior [...] No conviene que intervenga directamente en todo y se mezcle personalmente en todo. Que se quede en su lugar [...] "[9]

Sin embargo, en otros aspectos, la obediencia parece a menudo revestir un determinado carácter militar y eso hasta Vaticano II. Sufre probablemente, aún hoy, de un problema de percepción debido a las prácticas del pasado y algunas expresiones de la espiritualidad tradicional, como esta famosa obediencia de cuerpo muerto de San Ignacio que cita San Eugenio. [10] Lo que nos permite comprender la fuerte búsqueda de libertad que se manifestó en forma de reacción luego después del Vaticano II.

El Concilio nos entregó una nueva visión de la obediencia, que llevó el Capítulo de 1966 a introducir modificaciones sustanciales a la Regla. Desde entonces, varios aspectos importantes vinieron a tomar su justo lugar en la presentación del voto: la llamada de los pobres y de la Iglesia, el discernimiento comunitario, la corresponsabilidad y la autoridad comprendida como servicio. Permítanme poner de relieve este nuevo lenguaje que hoy tienen las Constituciones (de 1980):

"La obediencia nos hace servidores de todos. Con ella impugnamos el espíritu de dominación y queremos ser testigos del mundo nuevo en el que los hombres reconocen su íntima dependencia recíproca... Nuestra vida está dirigida por las exigencias de nuestra misión apostólica y por las llamadas del Espíritu, ya presente en aquellos a quienes somos enviados. Nuestro trabajo nos hace depender de los otros de muchas maneras; Esto requiere un real desprendimiento de nuestra voluntad propia y un profundo sentido de la Iglesia" (C 25).

"Los superiores son un signo de la presencia del Señor, que está en medio de nosotros para animarnos y guiarnos. Impulsan a sus hermanos a vivir según su vocación de Oblatos, al mismo tiempo que les ofrecen el apoyo que necesitan. A ellos incumbe en espíritu de corresponsabilidad, dirigir su comunidad, tomar las decisiones, alentar las iniciativas y poner en marcha los planes de acción..." (C 81).

"Los superiores y todos los que tienen una cierta autoridad están llamados a servir como hombres de fe y de oración. Con espíritu de humildad y obediencia sincera, buscarán la luz en Dios, y también en los consejos de sus hermanos (C 82)."

Los Capítulos generales desde 1986

El Capítulo de 2004 optó por no redactar un largo documento de reflexión; sólo envió una breve carta titulada "Testigos de la esperanza" y hace numerosas recomendaciones de carácter práctico. Los capitulares creyeron que la parte fundamental se había dicho claramente durante las tres asambleas anteriores de 1986, 1992 y 1998 y, en realidad, desde la publicación de la Regla de 1980. La necesidad que se hizo sentir, es la de situar los ámbitos en los cuales tenemos que llevar a la práctica nuestro ideal. Ya el proyecto "Una Inmensa Esperanza" fue una tentativa de llevar a la práctica nuestras opciones; es necesario empujarlo más lejos para que dé plenos resultados en cada provincia o delegación.

Permítanme recordar algunos textos de los últimos Capítulos que se refieren directa o indirectamente a nuestro voto, en contextos diferentes:

- "Así pues quien envía es la comunidad, y la misión es recibida en obediencia y garantizada por la perseverancia" (MEHM 115).
- "Nuestra vida común... da a este mundo razones para esperar, en su esfuerzo por salir de su disgregación y su dispersión... Construir tales comunidades apostólicas no podrá hacerse sin centrarnos de nuevo en la persona de Jesucristo que "fue casto, pobre y rescató el mundo por su obediencia "(C 12) (TCA 8-9)."
- "Creemos que **la comunidad** es un gran valor y les invitamos a hacer de ella un lugar de crecimiento integral. ... Lo será si ... tiende valientemente a una actitud de transparencia. Lo será si el estilo de vida es sencillo, conforme a los votos que profesamos ... si la misión de cada uno es compartida y releída con todos" (EPM 28).
- "Uno de los desafíos principales que este Capítulo presenta a cada Oblato, es el que Dios presentó a Abraham y a Sara cuando les pidió dejar su país para ir hacia el desconocido. Como Abraham y Sara, cuando le pidió dejar su país... nosotros somos llamados a dejar de lado nuestras estrategias amadas, nuestras lenguas, nuestras políticas, nuestros programas personales y como peregrinos, dejar detrás nosotros equipajes inútiles que pueden retrasarnos. Tenemos que **abrirnos al plan imprevisible de Dios.**" (Carta del Capítulo general de 2004)."

En el curso de nuestra historia oblata y en recientes textos, podemos encontrar una gran inspiración para vivir nuestro voto de obediencia. Debemos meditarlo y también ponerlo en la práctica. En mi carta dirigida después del Capítulo, intenté definir el conjunto de los ámbitos donde tenemos que llevar a la práctica nuestra concepción del voto: a. "responder a la sed de esperanza de nuestro **mundo**"; b. "alimentando la vida **comunitaria** y religiosa de los Oblatos; formando a los superiores"; c. "**cruzar las fronteras**" (Testigos de la esperanza).

Los dos últimos tienen, de una manera particular, un vínculo concreto con el voto de obediencia y quiero en lo que sigue establecer algunas sugerencias relacionadas con la vida oblata en estos campos.

IV. Vivir nuestra obediencia hoy

Como lo vimos, algunos de los aspectos más profundos de la espiritualidad cristiana y oblata están vinculados a este voto. Ciertos elementos de organización práctica son también necesarios. Es a la voluntad de Dios que queremos obedecer, pero es a través de la mediación de la Iglesia y del carisma y las estructuras de la Congregación que descubrimos esta voluntad. Me limitaré a los aspectos de la obediencia que se refieren a nuestra pertenencia a la Congregación.

En nuestra búsqueda práctica de la voluntad Dios, debemos tener en cuenta la cultura contemporánea. Algunos valores de hoy pueden ayudarnos en nuestra vida religiosa, como el hecho de que se trata la pluralidad de las convicciones religiosas con un determinado respeto. Pero tenemos también que combatir actitudes mucho más en contradicción con la vida religiosa y, de una manera particular hoy, con la obediencia. En esta última parte de mi carta, llamaré la atención sobre tres de estas actitudes que encontramos en torno a nosotros y en nosotros mismos:

1. Espiritualidad personal: La cultura moderna desconfía de la escucha de las observaciones de los otros y pone por delante la filosofía **de autonomía y de expansión de sí mismo**.

2. Testimonio comunitario: El mundo actual se apega al **enfoque individualista** y desalienta la reflexión comunitaria.

3. Espíritu de cuerpo: La mentalidad postmoderna de hoy hace pasar la creación de **islotes de bienestar** antes de la preocupación del bien común y las perspectivas de conjunto.

Obviamente, autonomía es, hasta cierto punto, una buena cosa igual que la individualidad y el bienestar. Pero estos valores pueden hacernos pecar contra la voluntad de Dios si los utilizamos en forma inoportuna y haciéndolos absolutos, siguiéndolos entonces, sin criticar, la cultura del mundo en la cual estamos sumergidos.

Así pues, concretamente, ¿Qué es lo que hoy merece una atención especial de nuestra parte?

1. Una espiritualidad personal, arraigada en la Regla

"Las Constituciones y Reglas indican a cada Oblato el modo de caminar siguiendo las huellas de Jesucristo. Se inspiran en el carisma que vivieron el Fundador y sus primeros compañeros; además han recibido la aprobación oficial de la Iglesia. Permiten así que cada uno evalúe la calidad de su respuesta al llamamiento recibido, y llegue a ser santo" (C 163).

La autonomía moderna con su búsqueda de la expansión de sí mismo, puede adquirir tal importancia que perdamos nuestros puntos de orientación y nuestras vidas vayan a la deriva. El voto de obediencia es un remedio para eso; no excluye la expansión de la persona, pero establece una jerarquía de los valores. Entramos en la Congregación para ser enviados y comprometernos a perder nuestra vida por el bien de los demás; allí un religioso encontrará su plenitud personal, y no en un plan de vida autónomo.

a) La Regla, una traducción del Evangelio especialmente para los Oblatos

Después de haber hecho nuestros votos, escuchamos que se nos dice, entregándonos el libro de las Constituciones y Reglas: "Haz esto y vivirás." Es por fidelidad al deseo de San Eugenio que cada Oblato vive el valor de la regularidad, que es fiel a conformar su vida al espíritu y a la letra de la Regla. ¿San Pío X no quería destacar la misma cosa cuando se declaraba listo para canonizar a todo religioso que observara exactamente su Regla?

Nuestra concepción tradicional de la regularidad y la observancia estricta de la Regla no son ciertamente pócimas mágicas que garantizan la salvación. El peligro de la rigidez y la autosatisfacción queda. Por otra parte, la Regla puede con mucha razón percibirse como una traducción del Evangelio particular para los Oblatos. Reinterpretada por cada Capítulo general, nos indica los parámetros de una vida religiosa que puede considerarse sana y adaptada a cada momento preciso de la historia.

Consagrados por los votos, no tenemos acceso a las gracias que la mayoría de los cristianos obtienen en el sacramento del matrimonio, y en el combate diario para seguir siendo fiel en medios de vida hostiles. Como religiosos, nuestra necesidad de intimidad y nuestra llamada a la fidelidad las vivimos de diferente manera. Se puede encontrar en la Regla un medio seguro de mantener una amistad profunda con Cristo, de vivir la fraternidad de la comunidad religiosa y de seguir a Cristo en su muerte y su resurrección adoptando el mismo método de vida que Él.

Ante la importancia de nuestras Constituciones y Reglas, ¿no deberíamos encontrar cada día, en nuestras comunidades, un momento para leer juntos uno de sus artículos?

b) Vivir en presencia de Dios: Superar la tensión entre el carisma personal y el de la comunidad

Tomar el camino de la obediencia y perseverar es imposible sin una vida espiritual intensa. Una de las vías espirituales recomendadas por la tradición oblata es la de cultivar una conciencia constantemente despierta de andar en presencia de Dios. "Buscan, dice la Regla, la presencia del Señor en el corazón de la gente y los acontecimientos de la vida diaria, así como en la Palabra de Dios, la oración y los sacramentos" (C 31). Habla incluso "de la llamada y la presencia del Señor en medio de los Oblatos hoy" (C 3) como uno elemento constitutivo de nuestra vocación.

Como Superior general, me pregunto a veces cuáles son nuestros valores fundamentales cuando se trata de aceptar el discernimiento de la comunidad y la obediencia otorgada por un superior. Es cierto que se deben respetar el carisma personal y las razones de salud, y que no se debería imponer a nadie una situación donde fuera profundamente infeliz. Los abusos por parte de la autoridad son muy posibles y por eso hay un derecho a reclamo. Pero más allá de todo eso, prometimos obediencia y perseverancia, respondiendo libremente a una llamada muy particular que viene de un carisma comunitario.

Vivida en presencia de Dios, la obediencia nos revelará su riqueza en todas sus facetas. Nos llevará a responder a las exigencias de la misión y la comunidad, así como a las de nuestra propia conciencia y las autoridades (véase C 25). Para Cristo y sus discípulos, la obediencia significa a veces también la cruz. "La obediencia nos hace servidores de todos" (C 25) y seguimos a aquel que "se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte en una cruz" (Fil. 2, 8). "Llamados a seguirle, los Oblatos permanecemos, como Él, a la escucha del Padre, para entregarnos sin reserva al cumplimiento de su designio de salvación" (C 24)." Viviendo en presencia de Dios de esta forma, nuestra espiritualidad personal será bastante fuerte para superar la tensión entre la llamada de nuestro carisma personal y el de nuestra comunidad.

c) Obediencia y renovación del Oblato

No es sin razón que el último Capítulo general pidió a la Congregación hacer hincapié en el apoyo a la persona del Oblato, que es ministro de Esperanza. Bajo el título *Comunidad oblata y vida religiosa*, recomienda "que el Consejo general desarrolle, a escala de la Congregación, un proceso de animación, centrado en las necesidades personales de cada Oblato, para que sea "ministro de Esperanza". Uno de los aspectos de esta animación será "alimentar la vida comunitaria y religiosa oblata" lo que incluirá "elementos como la integridad personal y comunitaria... la opción por la transparencia y la rendición cuentas en todos los niveles... el examen de las estructuras que dan vida a la comunidad" (*Testigos de la Esperanza*, 8). Eso incluye varias cosas: la conducta profesional de nuestro ministerio, la manera de administrar las finanzas, y las estructuras comunitarias que se deben crear y respetar. Nuestro voto de obediencia nos lleva a detenernos en la renovación que debe traspasarse a estos aspectos concretos de la vida.

El Capítulo menciona también, en este contexto, el contacto creciente con los miembros de nuestras asociaciones laicas y los amigos de nuestras comunidades. Nos pide descubrir "el rico potencial de la presencia de los Asociados que nos fortalecen en la vocación y la misión oblatas" (Ibíd., 9). Nos pondrán más estrechamente en contacto con algunas realidades a las cuales no tenemos siempre acceso. Como en el caso de la pobreza, los laicos viven la obediencia a menudo más de que nosotros lo hacemos. Reconociendo los papeles consustanciales de los laicos en la animación de la Iglesia, podremos descubrir más profundamente el espíritu de filiación y fraternidad de Cristo, y nuevas dimensiones de la obediencia.

2. Una misión basada en el testimonio comunitario

"El llamamiento y la presencia del Señor en medio de los Oblatos hoy los unen en la caridad y la obediencia haciéndoles revivir la unidad de los Apóstoles con Él, y la común misión de su Espíritu" (C 3)."

El individualismo es una de las características de la cultura moderna y si éste toma mucha amplitud, hace imposible la vida comunitaria. Entre nosotros los Oblatos, se escuchan a menudo quejas a este respecto. El espíritu de obediencia tiene la capacidad de superar el individualismo y de construir la comunidad. "El compartir entre nosotros, la gratuidad del amor, el discernimiento comunitario impugnan el individualismo" (EPM 30)

a) El espíritu de obediencia construye a la comunidad y aporta una nueva cualidad a la misión

En muchos lugares, nuestra misión aportó un color particular a la Iglesia local porque se realizaba en comunidad y según el espíritu de familia proverbial de los Oblatos de María Inmaculada. Como lo dije más arriba, la obediencia aporta a nuestra vida y a nuestra misión mucho más de lo que la simple disciplina puede hacer. Quiere ser una expresión de nuestra fe, por la cual la gente debería poder ver a Cristo que obedece. Por el voto, nosotros pintamos un icono de la Santísima Trinidad, declaramos la verdad liberadora que los hombres y las mujeres son esencialmente hijos y hijas de Dios.[\[11\]](#)

b) La calidad de vida de la comunidad depende no sólo de sus miembros sino también de sus animadores

El Capítulo menciona claramente estos dos elementos: para responder a las "necesidades personales de cada Oblato, a fin de que sea ministro de Esperanza", no basta con alimentar la vida comunitaria y religiosa de cada uno. Es necesario también "garantizar la formación de animadores" (Testigos de la esperanza, 8).

Muchas situaciones de crisis relativas a la obediencia tienen por origen la debilidad o la ineptitud de los responsables. Hay una diferencia visible entre una provincia donde los dirigentes se limitan a preguntar a las personas: "¿Qué es lo que quisieran hacer?", con el fin de permitirles trabajar en la plenitud de sus talentos personales; y una provincia donde la cuestión planteada es: "¿Podrían ayudarnos a tal lugar?" En este último caso, se espera que se colabore en una misión común. Eso no se realiza sin un trabajo serio por parte de los que dirigen. Tienen necesidad de estimular y animar a los miembros no formar sino un corazón y un espíritu, y de crear así un cuerpo misionero unido. Entonces el resultado de esta unidad se traducirá en un sentido renovado de la urgencia de la misión que los Oblatos tienen que realizar en este mundo. En una misión tan claramente percibida, cada uno se apresurará a aportar su colaboración obediente, aunque una u otras de las tareas no era su opción personal.

Esta es la razón por la que el reciente Capítulo, igual que los dos precedentes, recomienda aún "la formación de los superiores y de los que participan en la autoridad. Este programa propondría distintos modelos de autoridad así como los medios de adquirir las competencias prácticas, necesarios para su ejercicio en todos los niveles".[\[12\]](#)

Hubo interesantes debates en la asamblea sobre las palabras: "líder" y "liderazgo"! Para algunos el uso de estas palabras era conveniente mientras que otros encontraban demasiado profana esta manera de expresarse. En un sentido, estos últimos tienen razón. No debemos olvidar que un superior es un símbolo más espiritual que un coordinador o presidente. Para los Oblatos, es "una señal de la presencia del Señor que está en medio nosotros" (C 81) y el superior es "el Pastor de sus hermanos" (TCA 23, 6). Imitando la autoridad de Cristo, es un jefe o responsable destinado a servir, lo que la Regla expresa claramente: "Los superiores y todos los que tienen una cierta autoridad están llamados a servir como hombres de fe y oración. Con espíritu de humildad y obediencia sincera, buscarán la luz en Dios, y también en los consejos de sus hermanos" (C 82).

Para garantizar este servicio, sin embargo, se necesitan personas que posean algunas cualidades y que estén listas para recibir una formación. No se trata de un puesto de honor o de una recompensa por méritos obtenidos. Necesitamos superiores que sean verdaderos líderes. Es la tercera vez que un Capítulo general pide que se garantice su formación. Varias provincias hicieron algo en este sentido, pero es necesario ir más lejos. El voto de obediencia

no encontrará su plena expresión y no dará testimonio en el mundo sino a través de comunidades misioneras que gozan de una animación de calidad. Nuestros superiores deben ser instrumentos de Dios para hacer de nosotros un grupo misionero unido.

3. Un espíritu de cuerpo que une a la Congregación

La mentalidad postmoderna busca el bienestar del individuo en su pequeño mundo. ¿Para qué preocuparse de numerosos problemas alejados que nos presentan los medios de comunicación y que no podremos solucionar nunca? Nuestro carisma va contra este estado de ánimo; es el carisma que empujó a San Eugenio más allá de Aix y la misión de Provence, y le hizo abarcar el mundo. No dudó en elegir algunos de sus mejores hombres para enviarlos a los otros continentes. ¿Obedecemos aún a este carisma?

Eso nos lleva a echar un vistazo sobre el conjunto de la Congregación. Cuando San Eugenio establecía su segunda comunidad a Nuestra Señora de Laus, constató que el entusiasmo del principio no bastaría para mantener unidos a los Oblatos. Además del deseo de anunciar la Buena Noticia y de un sólido espíritu de familia, una Regla y estructuras convenientes eran necesarias para garantizar que el espíritu del principio no se perdiera.^[13] Es gracias a estos primeros pasos dados por San Eugenio que la Congregación pudo tomar amplitud y extenderse por el mundo entero. En efecto, a partir de allí creció durante ciento cincuenta años, hasta 1967. La obediencia al plan de Dios, pero también la expresión de esta obediencia a través de una Regla y una organización que resultaron adecuadas y flexibles, debieron ser el secreto de este crecimiento maravilloso.

¿Cómo vemos a la Congregación hoy? ¿Es todavía lo que ella fue al principio: “una solidaridad de compasión, un único corazón que sea alimento para la vida del mundo” y “un único cuerpo misionero”^[14] que trabaja en un objetivo común concreto? ¡No debe convertirse en “una coalición de francotiradores”^[15], de provincias, delegaciones o misiones que no comparten nada más que un ideal común y no tienen ninguna unidad orgánica! Utilizo, por supuesto, expresiones del Capítulo general de 1992.

En el Capítulo de 2004, reconocimos que el crecimiento constante de ciento cincuenta años fue seguido de una descenso en número de casi cuarenta años en nuestros feudos tradicionales de Occidente. Está, sin embargo, la esperanza realista de una primavera, pasando los sectores en crecimiento a otras partes del mundo. Para obedecer al plan de Dios, debemos rehacer hasta cierto punto lo que San Eugenio hizo fijando las primeras estructuras en las Reglas de 1818. Aquí aún nuestro voto de obediencia encontrará su expresión en nuestra respuesta valiente a las nuevas realidades. ¡Necesitamos valor para obedecer a la realidad! Veo en particular dos ámbitos que requieren de nosotros un acto de fe: La internacionalidad y la consolidación.

a) El reto de la internacionalidad

Tomar seriamente la internacionalidad significa reconocer la necesidad de una cooperación que sobrepasa las fronteras, poniendo el reto a nuestra disposición para recibir y para dar. Las provincias no se concibieron nunca como una clase de diócesis oblatas que se limitaban a sus propias fronteras. ¿Cómo hacer para aumentar de manera sustancial la cooperación internacional? Animo personalmente a cada provincia, delegación o misión oblata a prepararse para recibir ayuda del exterior y / o a preguntarse si eso puede servir a su misión. Animo también a cada Oblato, tomado individualmente, a preguntarse si no será la voluntad de Dios que vaya a misión en el extranjero. Para los que descubrirán una vocación para una misión internacional, hago mías estas palabras del padre José Fabre, primer sucesor de San Eugenio: “Los que realmente son llamados por Dios a ello pueden sentirse asegurados que van a ser enviados a las misiones”; “las inclinaciones personales de las personas jamás van a ser totalmente frenadas, porque estas preferencias no están nunca enteramente separadas de las aptitudes naturales.”^[16] Eso vale también para la primera obediencia. Puede ser a veces preferible que un Oblato dé sus primeros pasos en el ministerio en su propio país, pero podrá siempre, en consecuencia, pedir ser enviado en una misión en el extranjero.

b) El reto de la consolidación

Durante el período de crecimiento constante que la Congregación ha conocido, se extendió generosamente en personal y en recursos para responder a numerosas necesidades misioneras. Se encuentra ahora demasiado dispersa en algunos lugares o ministerios en que la necesidad de consolidación se hace sentir. Cuenta con muchas pequeñas comunidades y demasiados Oblatos que viven habitualmente solos en contradicción con la Regla.^[17] Hay un número excesivo de pequeñas casas de formación y de unidades administrativas.

¿Tendremos el valor de reconocer las señales de los tiempos y obedecer a la llamada de Dios de movernos hacia estructuras que sirvan mejor a nuestra misión? Si somos flexibles, será saludable tanto para las partes en crecimiento, como para las que disminuyen. Como siempre en las cosas de la obediencia, no se trata solamente de una cuestión de eficacia sino de fe en Cristo y de participación en su misión salvadora. Fue glorificado como "el Príncipe de la vida" (Act. 3:15) porque fue obediente. Fue "escuchado debido a su ofrecimiento" (He 5,7). Porque "se despojó... obedeciendo hasta la muerte... Dios lo elevó soberanamente" (Fil. 2,7-9)."

Conclusión

La obediencia, vivida en la voluntad de seguir al Cristo, el Hijo, es un camino de libertad personal. Haciendo nuestra la misión del Cristo, descubriremos, en su justa medida, nuestro trabajo de evangelización. El hecho de la obediencia, puede hacerlo parecer muy pequeño, si lo comparamos al plan de Dios, pero por otro lado la obediencia le da una fecundidad que supera nuestros medios humanos. Eso es evidente en la madre de todos los apóstoles, María. A parte de Cristo, ninguna otra persona vivió sobre tierra la obediencia más que María, servidora del Señor, a través de la cuál Dios realizó grandes cosas. "Dócil al Espíritu, se consagró enteramente, como sierva humilde, a la persona y a la obra del Salvador" (C 10).

A nosotros los Oblatos el voto de obediencia nos hace vivir, y dará resultado liberando a los demás también. Por este voto, declaramos que Cristo es el Hijo, y "la actitud del Hijo revela... el misterio de la libertad humana". En el misterio de la obediencia, descubrimos "una vía de conquista progresiva de la verdadera libertad"^[18]. Nosotros mismos en primer lugar debemos vivirla, para que aproveche, en seguida a los a que se nos envía a llevar la Buena Noticia. Cuando los hayamos conducido "a la obediencia de la fe" (Rm 1:5), los habremos liberado.

[1] *Constituciones y Reglas de la Sociedad de los Misioneros de Provençe*, segunda parte, primer capítulo, § 3. Ver Demers, Francis, "Obediencia", en *Diccionario de los valores oblatos*, Roma, 1996.

[2] *Escritos espirituales*, en *Écrits Oblats I*, Vol. 15, n 130, 18ª meditación p. 127.

[3] Carta del 21 de mayo de 1836, en *Écrits Oblats I*, Vol. 8, n 573, p. 209.

[4] Carta al padre Tempier, el 17 de agosto de 1847, en *Écrits Oblats I*, t. 10, n 939, p. 166.

[5] Carta al padre Eugenio Bruno Guigues, del 8 de octubre de 1835, en *Écrits Oblats I*, t. 8, p. 178).

[6] Carta al padre Courtès, el 10 de enero de 1831, en *Écrits Oblats I*, t. 8, n 378, p. 2.

[7] Circular n 42, del 29 de junio de 1887, en *Circ. adm.* II (1886-1900) p. 46.

[8] *Ibíd.* p. 47.

[9] Fabre, José, Circular N° 24 "A los Reverendos Padres Superiores locales y Directores de residencias", 5 de marzo de 1872, en *Circ. adm.* I, (1850-1885), p. 261.

[10] En su circular del 2 de febrero de 1857, San Eugenio hace suyas las famosas palabras de San Ignacio: "Se debe estar en sus manos como una cera blanda que toma la forma que se quiere. Se debe observar como un cuerpo muerto, que por sí mismo no tiene ningún movimiento", en *Écrits Oblats I*, t. 12, p. 193.

[11] "En efecto, la actitud del Hijo revela que el misterio de la libertad humana es una vía de obediencia a la voluntad del Padre y que el misterio de la obediencia es una vía de conquista progresiva de la verdadera libertad. La persona consagrada desea expresar este misterio precisamente por este voto [...] 'Grande es la paz de quien gusta tu ley, nunca tropieza'." (PS 119:118,165) (*Vita Consecrata* 91)."

[12] *Testigos de la esperanza* 8; ver TCA 23,6; EPM 32.

[13] Ver el libro de Francis Santucci, Eugenio de Mazenod, Cooperador de Cristo Salvador, *Comunica Su*

Espíritu.

[14]TCA 6.

[15]Expresión extraída de TCA 7.

[16]Fabre, José, Circular N° 57, del 26 de marzo de 1894, en *Circ. adm.* II (1886-1900), p. 185-186.

[17]R 92d.

[18]“En efecto, la actitud del Hijo revela que el misterio de la libertad humana es una vía de obediencia a la voluntad del Padre y que el misterio de la obediencia es una vía de conquista progresiva de la verdadera libertad “(*Vita Consacrata* 91).”